

Doña Pacha, terminada la faena del almuerzo, fue a buscar al protestante. Entra a la pieza y no lo encuentra; ni la maleta, ni el tendido de la cama.

Por la noche llaman a Candelaria al rezo y no responde; búscanla y no aparece: corren a su cuarto, hallan abierto y vacío el baúl... Todo lo entienden.

A la mañana siguiente, cuando Fulgencita arreglaba el cuarto del malvado, encontró una alpargata inmundada de las que él usaba; y al recogerla cayó de sus ojos, como el perdón divino sobre el crimen, una lágrima nítida, diáfana, entrañable.

III, COSTUMBRISMO.

Tendencia literaria y artística que refleja en las obras las costumbres del lugar y de la época en que vive el artista creador. En sentido más restringido, costumbrismo es una interpretación objetiva de las costumbres, de los tipos y de los paisajes, que forma obra aparte y sin conexión con otras tendencias literarias o artísticas.

En un sentido amplio, el costumbrismo existe en la mayoría de las novelas y obras de teatro, en los llamados "cuadros de historia", pero como una parte, más o menos trascendente dentro del todo.

En la gran corriente realista española, de tan extensa variedad, continuidad y permanencia, que invade todos los géneros literarios, que se manifiesta del mismo modo en la narración o en el teatro, en la prosa o en el verso, el costumbrismo viene a ser una modalidad menor, algo así como la que representa el sainete, llamado con tanta exactitud: género chico, respecto al teatro. Es un abigarrado apunte de color con relación al cuadro, no sólo por lo que se refiere a sus propias dimensiones, sino también en cuanto a sus pretensiones y límites.

La denominación genérica de la palabra costumbrismo es: el reflejo de las costumbres, ya fuese un capítulo de novela, un pasaje dramático o un sainete, cualquier poema descriptivo, y aun, rebasando los linderos de lo puramente literario, un dibujo o una pintura, y en este sentido amplio cabría considerar como costumbrista la novela picaresca o cortesana.

El costumbrismo surge de las narraciones picarescas y cortesanas, creciendo hasta adquirir un vigor y una peculiaridad extraordinaria, netamente español, desdeñoso de las influencias extranjeras de las que no se libraron los demás géneros.

Al costumbrismo no es fácil definirlo, pues si a primera vista pudiera creerse un género fijado, sujeto a normas preconcebidas, la innumerable producción de artículos de esta índole, le da una gran elasticidad y variedad. Tan solo podría intentarse una definición genérica de sus características a base de estudiar la obra de sus creadores representativos, especialmente los que viven en el siglo XIX, que siguen con mayor fijeza una línea y un propósito comunes. La crítica de todas las épocas se ha resistido a conceder al costumbrismo una categoría pareja a la de otros ismos literarios.

No queremos terminar estas referencias al costumbrismo sin indicar que en la actualidad, esta evolucionando decididamente hacia la literatura y arte regional, favoreciendo los valores más populares, desencadenando una nueva ciencia histórica-filológica.

Como escritores costumbristas citaremos a: Serafín Estébanez Calderón, Larra, Mesoneros Romanos, Fernán Caballero, Pérez Galdós, Gregorio López y Fuentes.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Cómo se define el costumbrismo en cuanto a tendencia literaria y artística?
- 2.- ¿Cómo se considera al costumbrismo frente a los demás movimientos literarios?
- 3.- ¿Cuál es la denominación genérica de la palabra costumbrismo?
- 4.- ¿De dónde surge el costumbrismo?
- 5.- ¿Cómo está evolucionando el costumbrismo en la actualidad?
- 6.- ¿Quiénes se pueden citar como escritores costumbristas?

Al costumbrismo no se le define, pues si se quiere, el costumbrismo es un género de novela que se caracteriza por el estudio de los hábitos y costumbres de una época y de un lugar. Este género literario se desarrolló en España durante el siglo XIX, especialmente en la segunda mitad, cuando los escritores se dedicaron a retratar la vida cotidiana de la sociedad española. Entre los autores más destacados de este género se encuentran Galdós, Larra, Fernán Caballero, Pérez Galdós, Gregorio López y Fuentes, entre otros.

" EL SUEÑO DEL POBRE Y DEL RICO. "

Gregorio Torres Quintero.

Entre los recuerdos de mi niñez, guardo uno, bastante vívido, referente a un riquísimo hacendado de Zapotlán.

Y es que en torno de la riqueza, el pueblo gusta de forjar leyendas, del mismo modo que las forja en torno de un sombrío torrente, de una misteriosa gruta, de una escondida laguna, de un valiente aventurero o de un generoso capitán de ladrones. La historia no es más que la leyenda despojada de lo misterioso y pintoresco. La leyenda, tan despreciada en un tiempo por los historiadores, ha recuperado en los tiempos modernos su antiguo prestigio, y hoy reclama su puesto como origen o madre de la historia.

Pues bien, cuando yo era un rapaz, gustando mucho de los cuentos y de las relaciones fantásticas (y en esto era yo como todos los niños), oí hablar mucho de un rico hacendado de Zapotlán, apellidado Manzano. Nunca supe su nombre de pila. Es seguro que hoy existen descendientes suyos.

Aseguraban las versiones vernáculas que era riquísimo, inmensamente rico. Pero no se atribuía su riqueza a su genio emprendedor, a su enérgico carácter, a sus hábitos de orden y de economía, a su talento y a su claro conocimiento de los negocios, etc.

No.

La gente creía que tenía un familiar.

Un día pregunté qué cosa era un familiar.

—Un familiar —me dijo una grave señora—, es un pequeño animal, apenas del tamaño de un cuyo, y muy parecido a él. Tiene los ojos muy grandes, dado el tamaño de su cuerpo, tan grandes como unos tostones, si el animal es blanco; y tan grandes como medias onzas de oro, si es amarillo, y en ambos casos con el brillo del propio metal. Los hay, pues, blancos

y amarillos. Nadie los ve más que el dueño, y siempre están encerrados en cofres. Dicen que si les da la luz del sol, se deshacen y se evaporan.

—Pero, ¿en qué consiste que esos animalitos dan la riqueza?

—¡Ah! Pues ponen como las gallinas, sólo que ellos no ponen huevos, sino pesos u onzas de oro. Si son blancos, ponen pesos, nuevecitos; si son amarillos, ponen onzas de oro, recién acuñadas. Pero no creas que un peso o una onza al día, sino chorros de onzas o de pesos todos los días...

—¡Oh! ¡Yo quisiera tener uno, aunque fuera blanco!

—¡Cállate, niño! ¡Sólo los da el diablo!

—¿Cómo?

—¿Luego ese rico Manzano...?

—Le vendió el alma al diablo.

—¿Y...?

—¡Está condenado!

II

Ya adolescente, me contaron que había en Sayula una casona antigua, abandonada por sus dueños, en virtud de que en ella asustaban...

Habían pasado por ella muchas familias que habían intentado habitarla. Y todas se habían ido de allí aterrorizadas.

No había ya quien la alquilara.

Y llegó un tiempo en que nadie quería vivir en ella ni de balde.

La casona inspiraba miedo hasta por fuera. Su ancho zaguán permanecía constantemente cerrado; sus ventanas ya desvencijadas, permitían ver el interior de unas piezas húmedas, sucias y oscuras, por donde la gente se imaginaba que transitaban fantasmas blancos o frailes vestidos de negro. Por sobre las altas tapias del corral o de la huerta, surgían viejos y altos árboles, contribuyendo a hacer más sombrío el interior de aquella siniestra mansión.

Contábase que un pobre zapatero remendón no hallando dónde meterse, pidió permiso de instalarse con su mujer en la fatídica y lúgubre casona, lo cual le fue concedido fácilmente por sus dueños, los cuales deseaban que, al menos, aquella propiedad se conservase.

El tal zapatero era de alma fuerte. Decía que no le tenía miedo ni al diablo mismo.

Sin embargo, la gente, que creía que aquel dicho era sólo una balandronada, esperaba, con el fundamento de la tradición, que antes de los ocho días saldría de la casona, más muerto que vivo, como habían salido todos los que habían pretendido vivir allí. Y se sorprendían de verlo diariamente en el ancho zaguán, sujetando con el tirapié el zapato que remendaba, golpeándole los tacones o las plantas con su incansable martillo y cantando alegremente.

—Maestro —le preguntaban—, ¿qué tal?

—Buen tal. Ya sé por qué me lo pregunta. Aquí no pasa nada.

—¿Nada? Pues todo el mundo dice que aquí asustan.

—A eso vine: a que me asustaran. Pero hasta los fantasmas saben quiénes son valientes y quiénes son cobardes. Tengo un gran deseo de verlos. Y si tienen dinero enterrado, vengo a que me digan dónde está. Quiero salir de pobre.